

RADIOGRAFÍA CRIMINAL DEL LIBRO Y LA LECTURA EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Vivian Lavín Almazán

VIVIAN LAVÍN ALMAZÁN

Periodista y editora de amplia trayectoria en el campo de la cultura. Conduce y dirige el programa *Vuelan las plumas* en radio Universidad de Chile, desde hace 12 años. Entre 2009 y 2012 fue subdirectora de radio Universidad de Chile. Autora de tres libros de entrevistas a los más destacados escritores, artistas, científicos e intelectuales chilenos y latinoamericanos. Ha sido reconocida por la Sociedad de Escritores de Chile (2005), Cámara Chilena del Libro (2009) y Facultad de Ciencias de la Universidad de Chile (2010). Ganadora del Premio a la Excelencia Periodística *Pobre el que no cambia de mirada* (2009). Miembro del Comité del Observatorio del Libro y la Lectura.

RADIOGRAFÍA CRIMINAL DEL LIBRO Y LA LECTURA EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Publicar libros en Chile hoy pareciera ser un acto temerario. Quienes están en el mundo editorial comparten el linaje de un provocador por naturaleza, como el del Premio Nacional de Literatura 2004, Armando Uribe, quien en su libro *A peor vida*, afirma: “Publicar hoy libros en nuestro país es tirar una piedra al fondo de un pozo seco. Arrojámosla”. Este es el linaje de los que están vinculados a la cadena del libro en Chile. Asidos a diferentes eslabones, se sostienen débilmente unos a otros, escritores, editores, traductores, diseñadores, librerías, lectores. Sobre ellos pesa uno de los impuestos más altos del mundo y una desidia general respecto de la penosa situación del libro y la lectura. Porfiadamente, sin embargo, siguen aferrados a ese vínculo que de tan famélico los puede dejar caer sin más en cualquier momento.

¿Dónde están estos sujetos? ¿Dónde están los libros que producen? ¿Quiénes hablan de ellos? ¿Cómo se relacionan con los lectores?

Hay que salir a buscarlos. No es tarea fácil. Aunque sus dueños anden de valientes por la vida, algo o alguien los esconde, los “invisibiliza”, convirtiendo su búsqueda en un relato de detectives. No están en el “ágora moderna”, como son los medios de comunicación. Una pesquisa de pistas por aquí y por allá. Un trabajo que muy pronto tiene un brutal giro, inesperado, tornándose en la trama de una novela negra y criminal. Es cuando se descubre la censura que pesa sobre ellos.

Aquí hablan algunos de los protagonistas de una historia para temblar.

UNA CONSPIRACIÓN

La imprenta llegó a Chile con mucho retraso respecto de otras naciones latinoamericanas. Los ideales culturales expresados por el padre de la prensa chilena, fray Camilo Henríquez, en los albores de nuestra Emancipación eran un sueño. Con cerca de un 90% de analfabetos, era difícil aspirar a que el libro tuviera un lugar más definitivo en nuestros destinos. No fue sino hasta fines del siglo XIX cuando empezó a aceptarse la idea de que el libro y la lectura eran las herramientas del progreso de nuestro pueblo, como lo señala el académico de la Universidad de Chile Bernardo Subercaseaux:

“La *época de oro* del libro en Chile se gestó a partir de 1930 y dura hasta 1960. El Estado docente de los gobiernos radicales, con los sectores medios como protagonistas, convirtieron al libro y a la lectura en un factor de identidad y de educación. ‘Gobernar es educar’, decía el presidente Pedro Aguirre Cerda. Años después, durante la Unidad Popular, surgió la idea de democratizar la cultura, en el sentido de dar acceso y que todos se constituyeran en agentes culturales. La coyuntura de

la quiebra de la Editorial Zig-Zag permitió al Estado adquirir sus maquinarias y convertirla en la Editorial Quimantú. Sin embargo, solo fomentó su propia producción de libros y no de todo el sector editorial. Con la dictadura, hubo 10 años de censura previa ante DINACOS y se impuso una visión anti-intelectual de la forma de gobernar, que ha continuado hasta hoy por el desaforado crecimiento de la cultura de masas. Lo que vivimos hoy es un camino de invisibilizar al libro”.

Son tantos los obstáculos que enfrenta el libro para llegar a los lectores chilenos, que hay quienes han esgrimido la existencia de una suerte de complot en su contra. Medio en broma, medio en serio, el escritor Jorge Guzmán lo expone así en su *Carta por el libro*:

“No cuesta nada crear un fantasma que tiene la voluntad de mantener al público nuestro ajeno a los beneficios que proporciona a los individuos y a las sociedades la lectura y la producción de libros. Esta entidad adversa habría conseguido poner inconvenientes graves en el camino del desarrollo de una industria nacional librera realmente próspera y de la consiguiente o paralela creación de un público lector entusiasta y convencido del valor de leer. Habría conspirado para que se mantuviera incontrolada la reprografía ilegal que perjudica a autores, editores y libreros, y no se tomaran las decisiones necesarias para solucionar el mal. Habría hecho lo suyo para que las instancias pertinentes no quisieran establecer un IVA diferenciado para el libro, ni tampoco destinar el dinero recaudado por el Fisco mediante el IVA actual al estímulo crediticio o impositivo a la actividad librera y a la adquisición de libros nacionales y latinoamericanos. Habría movido su poder para que el libro desapareciera de la televisión nacional, y con eso habría ayudado a transformarlo en una rareza elitista y lejana. Habría actuado a favor de un encarecimiento de los fletes de los libros, y con eso conseguido restringir los producidos aquí solo al mercado chileno, y además, limitados al centro del país, quién sabe con qué raro objetivo en mente. Habría hecho cuanto estuvo en sus manos para que las bibliotecas públicas permanecieran insuficientemente financiadas para adquirir, y tuvieran un horario restringidos a causa de sus penurias de personal. Habría obtenido que el Estado invierta su dinero mayormente en comprar libros importados. Y habría finalmente conseguido que la autoridad necesaria para resolver este conjunto de desdichas esté desperdigada en numerosas instancias de decisión inconexas, cada una con objetivos propios, sectoriales y a menudo contradictorios unos con otros” (Guzmán: 32).

Lo que pudiera parecer un delirio, resulta de una viscosa verosimilitud. Y los medios de comunicación con su conducta frente al libro y a la lectura, perfectamente, avalan esta tesis.

PERSIGUIENDO A UN FANTASMA

¿Dónde se habla de libros? ¿Quiénes hablan de libros? Para buscar críticas, reseñas, conversaciones o entrevistas sobre libros y lecturas hay que sumergirse hasta lo más

profundo de las parrillas televisivas y radiales, como también en las escasas páginas culturales de diarios y revistas chilenas.

La televisión en Chile tuvo hace años un programa emblemático llamado *El show de los libros*. En el canal público, el escritor Antonio Skármeta pudo contagiar a una importante audiencia que superó el obstáculo del horario extremadamente nocturno. Sin embargo, sus esfuerzos no fueron suficientes para satisfacer la sed de más audiencia del directorio de TVN y reemplazarlo por otro con más *rating*. Hoy, TVN no cuenta con ningún programa sobre libros, como tampoco su canal 24 Horas. Lo mismo ocurre con Chilevisión y Vía X. Pero sí lo tienen, en un formato de breves conversaciones, ARTV, con *Ojo con el libro*, que conduce Alfredo Lewin; CNN Chile, con *Letras privadas*, junto al escritor Pablo Simonetti y, 13Cable, con el programa *Metropolibros*, que conduce Gregory Cohen.

Uno de los más consolidados es Cristián Warnken, con *Una belleza nueva*, heredero del programa *La belleza de pensar*, de 13Cable. Hoy, Warnken está en *La Red*, como también a través del canal online www.otrocanal.cl.

El canal educativo NOVASUR entrega de manera gratuita a toda la red de canales asociados breves entrevistas de *Vuelan las plumas*, el programa literario de Radio Universidad de Chile desde hace 12 años. Esta emisora universitaria cuenta además con *La República de las letras* y una parrilla programática con vocación cultural, en la que permanentemente están presentes escritores, artistas e intelectuales hablando de su trabajo. Radio USACH tiene el espacio *Que no te lo cuenten* y una programación donde permanentemente está presente el libro y sus autores. Radio Cooperativa tiene *Libro abierto*, con Cecilia Rovaretti, un espacio esporádico de conversaciones con autores chilenos y extranjeros. Radio Duna y su *Terapia chilensis* incluye de manera eventual conversaciones sobre libros. Las demás radioemisoras chilenas no cuentan con programas estables de literatura y la presencia de los libros y sus autores tiene relación al éxito editorial de alguna publicación, sobre todo a que su autor haya tenido presencia televisiva.

Un conjunto de radios comunitarias o universitarias del país transmiten algunos de los programas antes señalados o tienen un espacio propio sobre libros y escritores. Sin embargo, pesquisarlos resulta una tarea titánica, pero que necesariamente un proyecto de investigación debe asumir.

La prensa escrita es muy mezquina con los libros y sus autores. Muy diferente de lo que se vivió hasta hace pocas décadas, cuando el comentario literario o la reseña aparecida en diarios y revistas eran la fuente natural en la que se embebían los lectores. Hoy, resulta prácticamente un páramo. Y las excepciones son la *Revista de Libros* de *El Mercurio*, fagocitada por el suplemento cultural Artes y Letras, iniciativa que incluye algo de literatura, pero que terminó con un cuerpo independiente que marcó un hito en la presencia del libro en los diarios chilenos. Las revistas femeninas o de fin de semana de los pocos diarios de circulación nacional incluyen críticas periodísticas, pero muy breves, como las de la revista *El Sábado* o revista *Mujer*. El diario *Las Últimas Noticias*, dedicado a difundir los programas de televisión, incluye, sin embargo, a destacadas plumas nacionales, como Patricia Espinoza, Antonio Gil o Marcelo Maturana. Pero es solo la primera la que desarrolla la crítica literaria propiamente tal, un género en extinción.

The Clinic tiene una sección casi habitual de crítica con “Un tal Pinto”. Revistas como *Cosas*, *Caras*, *Qué Pasa*, *Capital* o *Paula* ofrecen espacios para el comentario literario como también realizan entrevistas a ciertos autores chilenos o extranjeros, casi siempre en referencia a publicaciones de gran impacto.

Internet ha sido una suerte de refugio para quienes buscan saber de libros y autores. Son muchos los sitios asociados a programas televisivos o radiales que cuentan con robustas páginas web donde se puede encontrar material histórico y de permanente renovación.

Se trata de sitios y blogs, de larga trayectoria y otros de reciente formación, con material de excelente calidad. Constituyen iniciativas independientes, sin fines de lucro, y que, en algunos casos, han ganado algún Fondo del Libro. Allí están www.60watts.cl; www.lecturasciudadanas.cl; www.revistalecturas.cl; www.lapollera.cl; www.lacallepassy061.blogspot.com; www.lavidaprivadadeloslibros.com; www.revistaterminal.cl; www.revistaintemperie.cl; www.dosdisparos.com; www.vuelanlasplumas.cl y www.ojoseco.cl.

La vitalidad del libro en las redes no se condice con su pálida presencia en los medios masivos tradicionales. Es aquí donde pudiera radicar la esperanza de quienes apuntan más a la lectura, como principal preocupación.

LIBROS EN EL MUNDO LÍQUIDO

Frente a este panorama, ¿cómo se explica la ausencia del libro y la lectura en los medios chilenos?

“No comparto la premisa de una colusión ni azarosa ni planeada; el libro y su industria no resultan suficientemente relevantes como para eso. Lo que sí existe es una anulación del sujeto pensante, del individuo capaz de plantear pensamiento independiente ante la masa y la influencia avasalladora de los medios. El libro se hace invisible por sí solo en una sociedad donde no se valora la estética, la reflexión, la diversidad...” (García-Huidobro).

Pero los libros están allí, y ese contingente de temerarios que no se cohíbe frente a este panorama continúa publicándolos y, en el mejor de los casos, espera venderlos.

“El libro será importante y visible en la medida en que la lectura se reconozca como esencial para la formación de la inteligencia, de la sensibilidad, de la ciudadanía, de la creación, de la innovación... La lectura está soterrada en Chile y el libro es un corolario de esto. A esto se suma el negocio del libro, con un mercado pequeño y castigado con el IVA. Es difícil y, algunas veces, quijotesco, romántico pensar en venderlo sin considerar los grandes problemas de inversión y gestión que esto implica. Para contrarrestarlo, los libreros y editores debieran hablar de los libros a través de los medios de comunicación, sin embargo, son carísimos y muy pocos los que lo hacen. Salvo los poderosos, contratan publicidad o promoción. En Chile, el libro no es querido, no es un objeto deseado. Cuando se entrevista a curas, por detrás de

ve alguna estantería con libros, pero normalmente, los políticos no se refieren ni se muestran con ellos. Tampoco dentro de la creación de otras expresiones artísticas hay libro alguno. En las telenovelas, no se ven. En el cine chileno, hay poquísimos. El libro es casi un vicio clandestino, oneroso, e importado desde lejos. Los libros chilenos, en heroica batalla, han logrado hacerse de un pequeño lugar, pero la verdad es que no logran ser visibles” (Concha).

Para el poeta y académico Felipe Cussen, “los libros son parcialmente invisibles. Pero es el tipo de presencia lo que no me gusta. La visión de los libros y la cultura de los medios en Chile es lo que hace Héctor Véliz-Meza en 13Cable, que me parece siútica y antigua”.

Se verifica, entonces, cierta tensión generacional, cuando el académico y artista visual Pablo Chiuminatto contrasta la visión de quienes no consideran la situación actual como un escenario de coyuntura, de cambio:

“Quienes piensan que el libro en Chile está bajo la sombra de un mal específico, simplemente caen en una idealización de lo que fueron los contextos en los que ellos crecieron. Nadie me puede convencer que Chile era mejor hace cincuenta años, como si olvidaran la cantidad de niños que andaban a ‘pata pelada’ por la calle, con alta desnutrición y mortalidad infantil. Creer que el libro es más importante que un plato de comida es algo típico de las élites y la clase media de un país pobre que también es una élite, a su modo. Lo que estamos viviendo en Chile son formas transitorias del desarrollo económico, social, tecnológico y cultural. Pero insisto, eso no transforma a todos los estratos sociales y etarios en potenciales lectores, sobre todo cuando estos ‘idealistas’ están pensando no solo en la lectura, sino además en qué debe leer la población. Siguiendo a Z. Bauman en su libro del año 2011, *Culture in a Liquid Modern World*, lo que tenemos que entender es que el mundo ha cambiado. El mundo propio y el general, que nos contiene, siempre ha sido así. Bauman cita a dos estudiosos de las sociedades contemporáneas que rompen con dos creencias fundamentales para concebir la cultura y, por lo tanto, al libro a partir del cambio de la noción de status, gusto y clase. Primero, John Goldthorpe, quien caracterizaría los comportamientos culturales de la actualidad como de indistinción de las jerarquías culturales, es decir, que segmentos que tienen preferencias por la alta cultura también pueden interesarse por elementos populares. Se puede hacer la consecuente traducción al contexto del libro. El segundo es Richard Petersen, quien acuña el concepto del comportamiento cultural omnívoro para describir el consumo cultural variado o indistinto por el que diversos segmentos de la sociedad fluyen sin necesidad de estar apegados a una noción de gusto preciso o a formas exactas de género. De este modo, lo que está pasando con el libro sucede en otros planos. El libro en sí no es invisible, lo que pasa es que no somos capaces de aceptar que las personas se interesan en formas variadas de dispositivos culturales. Nadie ya se lamenta porque los *cassettes* desaparecieron” (Chiuminatto).

Iniciativas que han intentado cambiar el lugar tradicional del libro, como lo es la biblioteca o la librería, llevándolo a espacios diversos, más complejos y poco usuales, han obtenido una interesante respuesta. Los pasajeros del Metro se encontraron, hace más una década, con los BiblioMetro, pequeñas bibliotecas públicas, que prestan libros a domicilio, ubicadas en el mismo camino a sus hogares o trabajos. Sin más trámites que una inscripción y un modesto pago, los libros comenzaron a circular y, con ellos, a ser parte de los espacios públicos. Pero allí estaban las quejas de la élite:

“Nos decían ‘se van a robar los libros’, ‘los van a manchar’, ‘va a ser un desastre’(...) Ahí vimos la desconfianza que tiene mucha gente en el pueblo chileno, porque la persona es pobre, mal vestida, chascona, por lo que sea, no le tienen confianza. Y eso es lo que daña una relación importante. Nosotros apostamos a que sí iba a resultar. Y les voy a decir otra cosa más bonita aún: en los dos primeros años, los que leyeron más fueron los adolescentes entre 14 y 16 años de poblaciones marginales de Santiago” (Cruz-Coke, VLP II: 90).

UNA ACADÉMICA MONEDA DE CAMBIO

Si los libros que fueron publicados para ser vendidos tienen escasa referencia en los medios de comunicación, para las publicaciones académicas es algo impensado. A diferencia de la prensa extranjera, donde el pensamiento y la discusión política y sociocultural se desarrolla dentro y fuera de la sección cultural, en Chile prima la noticia cultural meramente informativa. Un ensayo de un filósofo o académico puede ser publicado íntegramente en un diario español o francés. En Chile, usualmente, no ocurre.

A las revistas académicas “no las lee prácticamente nadie”, dice Felipe Cussen: “portadas horribles, lenguaje alambicado. Hay una desconexión total entre la crítica académica y la periodística”.

Según la decana de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, María Eugenia Góngora, las publicaciones académicas:

“Son prácticamente ignoradas porque, en realidad, no cuentan historias y no son particularmente emocionantes, salvo honrosas excepciones. A pesar de que algunas de esas ellas tienen una enorme influencia en la vida y en las ideas que nos gobiernan, pero no de inmediato. En el minuto de su publicación, tienen interés para la comunidad académica especializada en una determinada disciplina (con sus bemoles, conflictos de interés, etc.). Además, como el papel del intelectual o del científico está muy acotado y restringido, las publicaciones significan para ellos, sobre todo, números, puntajes de la carrera académica. Esto es un objetivo para el autor pero (de nuevo, salvando todas las excepciones) son leídos por los lectores especializados, por razones profesionales, para fundamentar una cierta argumentación, para aportar al ámbito del conocimiento científico, para contradecirlos, etc., ...casi nunca por placer” (Góngora).

“Tienen mucha libertad, con artículos importantísimos. Pero ni siquiera tienen presencia en las librerías. Nadie las reseña. Se intercambian entre las universidades, pero si quieres venderlas a alguna biblioteca académica de otro país, los obstáculos son tremendos. La sección especial llamada *Serials* o Seriadados tiene como condición el haber adquirido los números anteriores, si no, no la compra. Además, tienes que garantizar que van a seguir saliendo con esa periodicidad, lo que es imposible. Las revistas académicas son divisas entre las universidades. No logran circular y siguen siendo de circulación intrauterina de la academia” (Concha).

Previo al Censo, revista *Anales* de la Universidad de Chile dedicó un número completo al tema con la pregunta: ¿Hacia dónde va la población? La directora de la revista y vicerrectora de Extensión y Comunicaciones de la Universidad de Chile, Sonia Montecino, dio una larga entrevista para la sección cultural del diario *El Mercurio*:

“Fue una larga conversación con Pedro Pablo Guerrero y juntos seleccionamos algunos autores para que luego conversara con ellos. Pasó un tiempo y no salía nada. Cuando le pregunté al periodista por qué, dijo que el director de Artes y Letras había dicho que si se le hacía un reportaje a una revista universitaria, había que hacerlo con todas. Meses después, aparecieron enormes artículos a una revista de la Universidad Católica y, luego, a las revistas de la Academia Chilena de la Lengua. Siempre enviamos ejemplares, y no se dice nada. Es como una censura a la Universidad de Chile” (Montecino).

EL CRIMEN

Lo que puede ser una queja generalizada de autores, académicos, editores y libreros en torno a la escasa presencia del libro, y su mundo en los medios de comunicación social en Chile, adquiere un cariz peligroso cuando surge el fantasma de la censura. “Solo el espacio, cada vez menor, que se dedica a los libros, da cuenta de que hay censura”, sentencia la Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales 2013, Sonia Montecino.

Pero hay quienes la han sufrido de plano, como es el caso de la escritora Mónica Echeverría, quien escribió una “novela de facto” sobre un personaje tan desconocido como sepultado, Sonia Edwards, con el título *Cara y sello de una dinastía*, bajo la editorial Copa Rota. A partir de entonces, su nombre está proscrito de los diarios de Agustín Edwards.

“La verdad es que yo me dirigí a muchas editoriales pensando que era un libro que podía interesarles, que podía ser un *bestseller*. Tanto las editoriales de derecha como las de ultra izquierda no se atrevieron a publicarme. Era tanto el temor al poder de los Edwards, al poder mercurial, que decían: nos van a meter un juicio, nos van a quitar la editorial, no vamos a publicar nunca más... Fue una osadía este invento de una editorial llamada Copa Rota. Si no, nos habríamos quedado sin saber del horror de los crímenes de los Edwards, que son muchos. No solo monetarios” (Echeverría, VLP III: 82).

La periodista María Olivia Mönckeberg también publicó en esta editorial para poder decir lo que pocos se atrevían en los primeros años de la Transición. Luego, ingresaría a Ediciones B y, finalmente, a Debate, de la transnacional entonces llamada Random House Mondadori, con uno de los escasos e importantes trabajos de investigación periodística que se han desarrollado en las últimas décadas. “Yo estoy absolutamente proscribida del diario *La Tercera*. Vetada como nombre, aunque escribiera recetas de cocina. Eso es censura”, dice la Premio Nacional de Periodismo 2009. Sus libros son una fuente esencial de la cual se nutren muchos periodistas para hacer sus artículos. Sin embargo, la presencia de sus libros en los medios es muy acotada. No así en las radios, donde es invitada de manera permanente como una de las voces más autorizadas para analizar temas como la educación, Opus Dei y otros. Resulta muy interesante constatar la reacción de ciertos medios, particularmente la televisión, a partir de febrero de 2008, cuando el fundador de la Universidad Santo Tomás, Gerardo Rocha, estalla en la prensa. María Olivia Mönckeberg fue la última periodista que entrevistó a Rocha. “*El negocio de la universidades en Chile* fue un libro ignorado por la prensa escrita y la televisión. Sin embargo, cuando Gerardo Rocha mata al martillero en El Quisco, mi celular no paraba de sonar e iban móviles a entrevistarme donde estuviera. Es el único caso en el que la televisión se ha interesado por mis libros”, recuerda.

“En mi caso, la permanente cerrazón y la falta de espacios en los medios para publicar reseñas o comentarios de mis libros, en lugar de producirme un sentimiento de indignación o malestar, me conforma, porque me obligaron a seguir desarrollando el periodismo de investigación con mayor profundidad. Esto me fortaleció como periodista, porque si hubiese estado dirigiendo un medio, por ejemplo, es posible que nunca hubiera tenido el tiempo de escribirlos. Mis libros traen mucha información y han tenido circuitos propios de difusión. He tenido, paradójicamente, una retribución que es muy estimulante por parte de periodistas, en su mayoría de medios digitales, que son seguidores de mis libros, que los nutren, les aportan y con quienes estoy en permanente contacto” (Mönckeberg).

Con Random House Mondadori el año 2009, el también Premio Nacional de Periodismo 2005, Juan Pablo Cárdenas, publicó *Un peligro para la sociedad. Testimonio de un periodista que incomoda al poder*. Un libro que buscaba “relatar mi vida desde el 11 de septiembre 1973, pero siempre en relación a lo que fue nuestro trabajo profesional, logros y sinsabores”. La obra obtuvo el premio Escrituras de la Memoria 2009 que entrega el Consejo Nacional del Libro y la Lectura. Sin embargo, la ceremonia para la entrega del reconocimiento fue dilatada en múltiples ocasiones, al punto que “en una fugaz, poco concurrida y muy poco informada ceremonia la entonces ministra de cultura me hizo entrega del premio en una de las salas de la Biblioteca Nacional”. Y agrega:

“Como los periodistas tenemos amigos e informantes, se me dijo que la decisión del jurado de premiarme fue pésimamente recibida por el gobierno de Michelle Bachelet que, en poco tiempo, concluiría en su primera versión. Que el libro causó indignación en ciertas autoridades y que algunos de los mencionados y criticados

por mí le había expresado a La Moneda el despropósito de premiar un libro que no era evidentemente nada de laudatorio con la postdictadura. Con toda ingenuidad, pensé que después de este premio, la empresa editora podría hacer un relanzamiento o, al menos, incorporarle al libro una cinta que dijera, por ejemplo, ‘Primer Premio del Consejo Nacional del Libro y la Lectura’, cuestión que yo he visto que se hace con aquellas publicaciones que son reconocidas por la crítica o por los jurados. Pero nada de ello ocurrió y hasta ahora, después de cinco años, debo ser el principal comprador de mi propio libro, debido a que a mí me llaman y me requieren los que han sabido de su existencia, en especial, aquellos estudiantes tan preocupados todavía de la censura que vivió el periodismo en dictadura y que sigue afectando a nuestra diversidad informativa después de ella. Cuando hay tantos periodistas libres que no tienen dónde expresarse y que se han descubierto como escritores de libros dentro del oscurantismo cultural que seguimos viviendo” (Cárdenas).

Testimonios todos que avalan que, a pesar de todo el tiempo de la postdictadura, la libertad de expresión enfrenta aún serias dificultades. Que vivimos en un país que pareciera haberse quedado en una eterna adolescencia, que no da cabida a la discusión pública que nace de las ideas que han sido escritas y no relampagueadas en un *tweet*. Que prefiere el pensamiento en 140 caracteres.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

- Cárdenas, J.P., en conversación con la autora.
Chiuminatto, P., en conversación con la autora.
Concha, B., en conversación con la autora.
García-Huidobro, B., en conversación con la autora.
Góngora, M.E., en conversación con la autora.
Guzman, J., *Carta por el libro*, Santiago: LOM, 2007.
Lavín, V., *Vuelan las plumas II*, Santiago: Ediciones Radio Universidad de Chile, 2010.
Vuelan las Plumas III, Santiago: Ediciones Radio Universidad de Chile, 2013.
Mönckeberg, M.O., en conversación con la autora.
Montecino, S., en conversación con la autora.
Subercaseaux, B., en conversación con la autora.
Uribe, A., *A peor vida*, Santiago: LOM, 2000.